La cruz misional: fieles a la Palabra – unidos al pueblo

Queridos cohermanos y hermanas, queridos socios en la misión, querida familia de Felipe, querido Felipe:

En fidelidad a la tradición de la Congregación del Verbo Divino celebramos hoy el envío misional de Felipe. Es bueno que estemos juntos por esta celebración: los verbitas, la familia de Felipe y los feligreses de esta parroquia San José Obrero de Rancagua. Porque un misionero está enviado por la Congregación, mas también es un regalo de la familia para la iglesia universal y es un embajador de una iglesia particular a otra. Un misionero da testimonio de la generosidad de Dios que aprende en su familia, de la disponibilidad de salir, de ser Iglesia en salida que experimenta entre los feligreses de la Iglesia particular donde crece. Un misionero del Verbo Divino demuestra la apertura de aprender de otros pueblos y la disponibilidad de compartir con ellos las riquezas de sus experiencias de vida y de fe, que se siembra durante la formación inicial y que se tiene que nutrir con la formación permanente.

Nuestra misión como Iglesia nace de la misión de Dios Uno y Trino que es un Dios misionero. En su Palabra, como escuchamos en el Prólogo de San Juan, Dios nos revela como un Dios que se abre y se comparte, que sale de Sí mismo para llegar a la Creación, para estar entre nosotros. Dios Uno y Trino es la

fuente de la misión. Jesús, el Verbo hecho carne, es el misionero por excelencia, y el Espíritu Santo nos llama y fortalece para participar en esta misión de Dios, para que todos puedan alegrarse y alabar a la Palabra, como escribió la Carta de los Hechos que escuchamos en la segunda lectura de hoy.

Todos nosotros estamos llamados e inspirados para ser misioneros, para compartir con los demás la Palabra que es la luz del mundo, que nos da la orientación en nuestra vida. La cruz misional, que Felipe recibe hoy en esta celebración, es la cruz de la fidelidad a la Palabra, y esta cruz también simboliza la unidad y comunión con el pueblo que sufre.

Me gustaría invitar a ustedes a reflexionar la fidelidad a la Palabra y la comunión con el pueblo: Estamos llamados para ser fieles a la Palabra y unidos con el pueblo. Esta consigna expresa quiénes somos: Personas enraizadas en la Palabra de Dios, inspiradas y motivadas por la Palabra hecha carne, y cercanas a la gente. San Arnoldo tenía esta visión en mente cuando fundó esta Congregación misionera y le dio el nombre de Congregación del Verbo Divino. La fidelidad a la Palabra nos trae y nos inspira a llegar a la gente. Y llegar a la gente, estar cerca y solidarizar con ellos, nos ayudan a comprender más profundamente la Palabra de Dios.

Fiel a la Palabra significa, ante todo, amar la Palabra. Amar a alguien es darle espacio y tiempo, vaciarnos para estar

completamente llenos por el amado. Amar la Palabra, por lo tanto, no es otra cosa que dejar que tome el liderazgo de nuestra vida, convirtiéndola en la guía de quiénes somos y de lo que estamos haciendo. ¿Cuál es el lugar de la Palabra de Dios en nuestra vida, tanto personal como comunitaria? ¿Cuál es el papel de la Palabra de Dios en nuestras familias, en nuestras parroquias?

En segundo lugar, fieles a la Palabra significa proclamar la Palabra. Sí, la Palabra no es sólo para nosotros. Ha de ser compartida con los demás. Nuestro Fundador dijo: la proclamación de la Buena Nueva es el más sublime acto de amor a nuestro prójimo.

Como misioneros de hoy tenemos que encontrar maneras de predicar la Buena Nueva del amor de Dios en Cristo que sea **contextualmente relevante, científicamente precisa y teológicamente verdadera.** El contexto de crisis como la pandemia nos hace conscientes de la importancia de decir la verdad. No nos falta desinformación durante el tiempo de crisis. A menudo, la crisis es tiempo de noticias falsas; se distribuyen las mentiras.

La Palabra de Dios es también la de la Esperanza. Como personas que creen en la victoria final sobre la cruz, los cristianos tienen que ofrecer al mundo la esperanza de que hay un futuro

más allá de la crisis: crisis personal como tal, la crisis de la Iglesia, de la sociedad.

Además, fieles a la Palabra también significa ser solidarios con los pobres, defender la justicia y enfrentar la injusticia. Estamos llamados a hacerlo porque enfrentamos las injusticias en la Iglesia y en el mundo, también a riesgo de nuestro prestigio e influencia en los lugares donde vivimos y trabajamos, o incluso del riesgo de nuestras vidas.

El Prólogo de San Juan habla sobre el mundo que rechaza a la Palabra, que prefiere estar en tinieblas. La cruz simboliza esta situación. Para nosotros, los amigos del Verbo Divino, trabajar por la justicia es una de nuestras cuatro Dimensiones Características. Nuestro compromiso con la justicia, si somos verdaderamente fieles a la Palabra, lo exige claramente. Sabemos que solo podemos promover la justicia y luchar de manera creíble contra las prácticas injustas si estamos dispuestos a sacrificarnos, vivir un estilo de vida simple, ceder los muchos privilegios que nos ofrecen los ricos y los poderosos. Sin la disponibilidad de aceptar la cruz no podemos enfrentar las injusticias en este mundo.

La Encarnación es un acto de solidaridad. Con su simpatía, Dios quiere restaurar nuestra dignidad y nos llama a respetar y promover la dignidad de toda vida humana, especialmente de los últimos. Hacemos nuestra la primera opción de Dios y damos

nuestra preferencia a sus principales interlocutores: los pobres, los marginados, los quebrantados, los cautivos, los enfermos, los oprimidos, en definitiva, los que sufren y tienen cortadas sus vidas y esperanzas. Como misioneros, laicos y religiosos por igual, que comparten la herencia espiritual de San Arnoldo y de la generación fundadora, nuestra opción preferencial debe ser por y con los pobres. La solidaridad con los pobres es la opción preferencial que cuestiona concretamente la forma en que vivimos, gastamos nuestro tiempo y usamos y gastamos nuestro dinero.

La fidelidad a la Palabra nos lleva a respetar la diversidad de las culturas y aprender a vivir y trabajar juntos. La Palabra estaba en la Creación, dice el Prólogo, y la Creación no es una uniformidad. Dios mismo habla a los pueblos en diferentes idiomas y culturas. En la Encarnación, Dios entró en una cultura concreta, se incultura, sin declarar esta cultura como la única aceptada por Dios. Jesús envió a sus discípulos a todas las naciones y culturas para hacerlos parte de su comunión. Para nosotros, los misioneros, la inculturación es una consecuencia de seguir a Jesús, el Verbo encarnado de Dios.

Estar unidos con la gente nos recuerda la importancia de ser uno como familia de Dios de diferentes orígenes culturales, étnicos y lingüísticos. Nuestra vida y misión interculturales son un testimonio confiable en nuestro tiempo, cuando hay una

tendencia creciente entre las naciones a encerrarse y a construir muros de separación. Un llamado a la conversión surge en un momento en que la cultura de la indiferencia y la exclusión de los forasteros y extranjeros se ha extendido ampliamente. Cuando compartimos la herencia espiritual de San Arnoldo y la generación fundadora, nos inspira esta apertura y humildad para aprender de personas de otras culturas y naciones, ya que también las enriquecemos con nuestra propia cultura y tradiciones.

Querido Felipe, la cruz misional que recibes es un símbolo del sacrificio, de entrega total que requiere la misión, mas también de la solidaridad de Dios mismo con nosotros, sus siervos, y un símbolo de la esperanza. Espero y rezo que esta celebración, y mirando cada vez la cruz, crezca en la fidelidad a la Palabra y en tu solidaridad con el pueblo sufriente.

Paulus Budi Kleden, SVD

Rancagua, 6 de agosto 2022